

## MIS OLIMPIADAS

El Hombre de los Búhos se ha ido. Se ha ido de Hackney y se ha ido de Londres. Su escuálida propiedad, cerca de la ahora tan de moda área de barbacoas y prado de flores silvestres ajardinadas de London Fields, ha sido protegida y fortificada con andamios. Por encima de unos peldaños mohosos, cubiertos de avisos del ayuntamiento manchados por pisadas de botas, todavía se puede ver un letrero torcido pintado a mano, en rojo sobre blanco: AVE DE PRESA INVÁLIDA EN EL INTERIOR. PERROS GUARDIANES SUELTOS. CÁMARA DE CIRCUITO CERRADO EN FUNCIONAMIENTO. El ligero hedor a plumas y a carne podrida podría tener algo que ver con las cañerías del desagüe, pero perdura. En la parte de atrás, que da a Shrubland Road, el Hombre de los Búhos extendió su jardín silvestre, su selva de budleias y sicomoros, hasta abarcar un terreno que antaño había sido una estación de autobuses con su café anexo. Cuando demolieron la estación de autobuses, el café fue a la quiebra. David Mills, el Hombre de los Búhos de Albion Drive, rodeó el lugar de vallas, construyó pajareras para sus aves y excavó un estanque de carpas. Durante años no le importó a nadie. Como tanta otra gente de este distrito, se había encajado en una grieta entre mundos. Si el ayuntamiento reconocía su existencia y le concedía una cartilla de alquiler, pasarían a ser responsables del agua que caía por las paredes, de los cojines de liquen y de la forma sutil en que el interior y el exterior se habían vuelto indistinguibles. Casetas en ruinas que contenían Land Rovers averiados, motocicletas autofágicas y aves de presa en diversas fases de recuperación: un búho, un halcón sacre, un gallinazo y varias águilas ratoneras comunes. También construyó una tapia protectora de chapa de zinc y pladur. La chapa de zinc combinaba con mucha elegancia con la iglesia de la Visión de la Vida Eterna, de hojalata pintada de azul y blanco, que había al otro

lado de Shrubland Road. Pero nuestro nuevo y dinámico Hackney inspirado por las Olimpiadas no tenía sitio para el señor Mills y sus bienamadas rapaces. Un inmueble de un pasaje contiguo, ocupado por varias generaciones cambiantes de *okupas* y artesanos informales, y dejado en paz por las autoridades, fue sacado a subasta pública por un precio orientativo de doscientas cincuenta mil libras. Aquello alertó a una serie de exitosos artistas locales ansiosos por conseguir más espacio. La ruina se vendió por más de un millón de libras y costará por lo menos otro millón reconstruirla y restaurarla. David Mills, que vivía discretamente en un cascarón gótico del que nadie quería asumir la responsabilidad, fue identificado enseguida como una fea molestia, un pequeño defecto en el impoluto mito de la regeneración urbana. El Hombre Búho era viejo y salvaje. Era naturaleza en estado bruto frente a la alternativa pasteurizada, aquel eco-batido de política verde, burros en granjas urbanas y ovejas traumatizadas bailando al ritmo del sensacional espectáculo de luces wagneriano de Danny Boyle.

Antes de marcharse de Londres, con un cheque que le había conseguido un diligente abogado de Dalston Lane, el señor Mills aceptó quedar conmigo un día para almorzar. Yo reanudé mis paseos de primera hora de la mañana con buen ánimo. Haggerston Park se ha mantenido apartado de las manifestaciones más estridentes del *grand projet*. Las distintas capas de la historia anterior —canteras de arcilla, hileras apretujadas de casas adosadas— han perdurado hasta el momento presente. La aniquilación causada por la combustión aérea de un cohete V2 el 15 de marzo de 1945 despejó los terrenos para construir un parque en forma de embarcación de gran tamaño con la cubierta alfombrada de glicinas, brújula floral y recovecos con forma de bote. El ayuntamiento de Hackney tuvo la generosidad de darle trabajo de jardinera en el parque a Astrid Proll, la integrante de la Facción del Ejército Rojo, en una época en la que su cara aparecía en carteles de «Se busca» por toda Europa. Además de cuidar los ásperos pastos de London Fields, Proll tenía el deber de abrir las cancelas de otros parques más pequeños y dejar entrar a la gente que esperaba para pasear al perro.

«¡Vosotros y vuestros putos perros! Aquí hay gente que intenta dormir.» «Baja y dímelo a la cara.» «Pues voy a bajar, hostia.» «Venga, baja.» Las reformas arquitectónicas del estilo de la comunidad vallada de Adelaide Wharf, donde los anchos balcones de color naranja llegan casi hasta el parque, generan colisiones entre los residentes venidos de otros barrios y los peatones nacidos aquí. Los distritos olímpicos apenas pueden soportar el constante chillido de entusiasmo que se derrama incontinentemente de los canales televisivos ya despojados de cualquier noción de imparcialidad. «No sé ni cómo describir la enorme importancia de este momento. ¡Una medalla de bronce en gimnasia!» Un espasmo asfixiado y anegado de lágrimas, un intento asmáticamente fallido de articular palabras coherentes, se considera el emblema supremo de sinceridad. De manera que la inversora inmobiliaria en su balcón, en plan pasajera de primera clase, maldice a la panda de acompañantes caninos con sus bolsitas de plástico llenas de caca fresca que caminan al otro lado de la cortina de sauces. Los guardias de seguridad con contrato de becarios se acercan, reticentes, pero no intervienen. Están presentes en modo bostezos y tocamiento de narices porque Haggerston Park ha recibido a modo de regalo una Pantalla Gigante. VEA LOS JUEGOS OLÍMPICOS. DISFRUTE DE UNO DE LOS MEJORES ESPACIOS VERDES DE HACKNEY. DISPONIBLE APARCAMIENTO PARA BICICLETAS. La pantalla de dimensiones orwellianas, de esas que ahora son obligatorias en todos los espacios públicos azotados por el viento de la nación, solamente fue superada en tanto que invasor digno de titulares de este remanso de paz por la llegada de cierto helicóptero privado. Hace unos años, cuando el bloque de ventanas entabladas que hay al pie del parque todavía era el Hospital Infantil Queen Elizabeth, trajeron en helicóptero un Ratón Mickey gigante para poner los pelos de punta a los niños enfermos. Y también, aunque entonces no nos dimos cuenta, para que hiciera de embajador prematuro del filón corporativo que se avecinaba. El roedor californiano de vocecilla aguda iba acompañado de su cuidador y compañero de fiestas del pijama, Michael Jackson.

Hemos oído decir, y con mucha razón, que la construcción del Parque Olímpico se ha saldado con muy pocas víctimas. Las muertes

de ciclistas se siguen sucediendo, sin embargo: desde las primeras víctimas de los carriles recién pintados de la base del Paso Elevado de Bow, que lleva a Stratford, hasta Daniel Harris, aplastado bajo las ruedas de un autobús lleno de corresponsales olímpicos que hacía de lanzadera entre los distintos escenarios de las competiciones. El camino de sirga que flanquea el Regent's Canal ya hace tiempo que está dominado por un pelotón de gente que pedalea vigorosamente para ir al trabajo. Ahora la franja de pavimento que hay en el tramo previo a Haggerston Park todavía es más peligrosa por culpa de los novatos tambaleantes dispuestos a pagar por el privilegio de pasearse en bicicleta por la ciudad con anuncios del Barclays Bank. El alcalde, Boris Johnson, no ha tardado nada en reivindicar para sí mismo el mérito de esta forma tan barata de transporte.

No hace falta violar la cancela de alta seguridad para oír cánticos de combate dignos de gladiadores procedentes de la Pantalla Gigante. Las alambradas rodean una zona donde una docena de ociosos usuarios del parque leen el periódico, beben en lata y hacen la siesta bajo la lluvia fina y fría, mientras una pariente de la reina pugna con su jarmelgo de cascos doloridos por Greenwich Park. Yo paso por allí en el momento justo en que el inmortal Bradley Wiggins, con su nombre dickensiano y sus elegantes patillas, está librando su contrarreloj entre las filas multitudinarias de gente que agita banderitas, y no puedo evitar ocupar mi sitio en la hierba. Mi cinismo queda momentáneamente suspendido por respeto a la perfección mecánica, a la elegancia digna de un yogui de su posición corporal, del impulso hacia una victoria que eleva el espíritu (a pesar de los gañidos desmesurados de nacionalismo enloquecido). Wiggins, contenido, más listo que el hambre, va a sentarse a un lado, finalizada su tarea: un trabajo hecho para sí mismo y para esta hora escasa de tiempo inglés. Tengo que admitir que Haggerston Park es un escenario tan bueno como cualquier otro para experimentar la emoción del momento entre la gente del barrio que desenvuelve sus bocadillos, duerme en el raído campo de críquet o bien eleva una ovación tímida antes de regresar a su crucigrama. Wiggins entiende cómo funciona eso de la fama viral. Saluda con la mano al coche que lo siguió por toda Francia, de camino al maillot amarillo y los laureles del vencedor: el vehículo en

donde iba el joven James Murdoch, su patrón de Team Sky. El otro golpe de suerte de la medalla de oro es que David Cameron, con su toque de Midas al revés, ha decidido no convertir la meta de la contrarreloj en Hampton Court en una de sus oportunidades para salir en la foto. Mientras que Cameron, con su disciplinado pelo y su cara escalfadamente rubicunda, ha acabado quedando como un espectro en medio del banquete, su estratégicamente desaliñado rival, el alcalde Johnson, excitando a la turba de Hyde Park hasta llevarla a un crescendo de triunfalismo orgiástico, ha impartido una clase magistral de acaparar un momento de gloria que apenas tenía nada que ver con él.

Entre los restos de la prehistoria de Haggston Park, los declives poco profundos y los altos muros, se cuentan los recuerdos de una época en que sirvió de atracadero de la fábrica de gas. Ahora los últimos depósitos de gas, típicos de tantas series policiales, están pendientes de demolición. Una urbanización en el margen del canal, detenida durante años, cabalgará sobre la ola del aventurerismo económico nacido con la sede olímpica. Amarrados junto al notorio adefesio de edificio con proa de barco que hay junto a los garajes de los autocares Empress hay un nido de barcas anárquicas y libertarias. Una de ellas, la más corsaria, con su bandera pirata orgullosamente enarbolada, es una barquichuela del tamaño de un ataúd propiedad de un investigador llamado Mike Wells. A pesar de sus numerosos altercados con guardias de seguridad y perros de gran tamaño, este hombre se propuso la tarea de registrar e informar de cada fase de la construcción de los recintos. Contribuyó a encargar dos sustanciales informes científicos sobre la contaminación real (y no la oficial) de este paisaje heredado. Esto le reportó cierta fama a nivel local, que acarrearía consecuencias potencialmente desgraciadas. Hubo cierto incidente —él dice que fue una provocación, una trampa— en Leyton Marshes. Los manifestantes estaban intentando bloquear la construcción de una pista de entrenamiento de baloncesto. Los letreros de cartón, colgados de la valla circundante, eran como intertítulos de una película muda, que repasaban todas las leyendas de los desposeídos: TIERRA METROPOLITANA PÚBLICA ROBADA AL PUEBLO DE LONDRES POR LA AUTORIDAD OLÍMPICA. ESTE EMPLAZAMIENTO ES TÓXICO.

Wells fue acusado, le metieron en prisión y rechazó pagar fianza. En calidad de habitante de una barcaza, se consideró que «no tenía dirección fija». Con chaleco azul, visiblemente cansado después de su encarcelamiento, todavía se las apaña para tener un aire a Mark Rylance interpretando a «Rooster» Byron en *Jerusalem* de Jez Butterworth. Él cree que existe una Arcadia inglesa, entre las ruinas abandonadas de la industria y los lechos de sauces, las marismas y los embalses del Valle del Bajo Lea. La oposición que Wells personifica viene del amor al lugar. Me contó que la comunidad de los canales no iba a tardar en ser dispersada, igual que otros muchos elementos inconvenientes, aquellos que se consideraban merecedores de detención preventiva. A fin de poblar el decorado olímpico se estaban construyendo barcazas falsas de contrachapado, mientras Mike levantaba el campamento junto con el resto de personas que no querían o no podían pagar una prima de trescientas sesenta libras por amarrar durante la quincena del espectáculo global. En su lugar aparecieron nuevas y flamantes embarcaciones, que vendían zapatillas de correr y kits deportivos con inscripciones de recuerdo al contingente de atletas de Victoria Park provistos de entrenadores personales y colchonetas de ejercicios.

Wells escribió un diario del tiempo que pasó en la comisaría de Leyton. Le conmovió el interés que mostraba el oficial de guardia y pensó que estaba en el lugar adecuado para meditar sobre lo que le estaba sucediendo a su territorio. El único periódico disponible en su sección era el *Sun*. Registró el titular: «Lo que más miedo da de las Olimpiadas es entrar en una sala llena de superestrellas», dice Victoria Pendleton». Durante una salida al patio para hacer ejercicio, habló con un tipo que estaba cumpliendo trece meses por robar un jersey durante los disturbios de 2011. Mike rezaba para que no se produjeran protestas violentas durante las Olimpiadas, porque sabía que bastantes de sus amigos figuraban en una lista de «extremistas no extranjeros» y que los detendrían de inmediato.

Después de un par de días, a Wells lo trasladaron a una nueva prisión llamada Thameside, gestionada por una empresa de seguridad privada, Serco Group. Su folleto, que mostraba una imagen generada por ordenador de campos de deporte y edificios en forma

de estrella, estaba incómodamente colocado al lado del alegre material promocional que mana de la sede olímpica de Stratford. Estaba escrito en ese idioma atiborrado de abreviaturas y siglas de los organismos olímpicos. «Mejoramos los servicios tratando de forma más eficaz con la gente, los procesos y la tecnología. Asesoramos a los legisladores, diseñamos soluciones innovadoras y —lo principal— satisfacemos las necesidades de la gente». En Serco «mejoramos la atención al paciente» y «rehabilitamos a los delincuentes». «Protegemos las fronteras» y «suministramos desplazamiento rápido y seguro». Y a modo de bonificación, le concedieron a Mike Wells el privilegio de llevar a cabo una encuesta olímpica extraoficial entre el resto de clientes de Thameside. Todos se mostraron de acuerdo: los Juegos eran una puta mierda. La excepción fue un reincidente, un afable estafador que dijo: «¡Son geniales, maravillosos! ¡Una oportunidad que no se va a repetir!». Para robar, quería decir. El estafador trabajaba en los hoteles Park Lane. Ya tenía ganas de estar fuera otra vez, trabajando en el servicio de habitaciones, consiguiendo asientos para el teatro y entradas para la natación sincronizada y a continuación saqueando los pasaportes y objetos de valor.

A fin de entender mejor el movimiento olímpico, me pareció necesario apartarme de la zona del alambre de púas y asumir una perspectiva escenográfica más reposada. Quedé con Steve Moore, ex autor y editor de cómics, para que me hiciera una visita guiada por la batería de misiles de Shooters Hill. Yo había visto aquellos mismos proyectiles en Blackheath Common, apuntando, o eso me había parecido, a las torres resplandecientes de Canary Wharf. Por el corredor del Támesis patrullaban helicópteros Puma y Lynx con franco-tiradores a bordo, bajo órdenes de abatir cualquier aeronave que volara bajo. La cuestión de dónde aterrizarían los restos del aparato era tratada por un folleto del Ministerio de Defensa, *Información adicional sobre la fuerza aérea que refuerza la seguridad olímpica en Oxleas Meadow*. «Es difícil predecir dónde puede caer una aeronave, puesto que depende de la dirección, la velocidad y la altura del aparato y de los daños que haya recibido. Disparar un misil sería un último recurso que solamente se pondría en práctica si se confirmara que un avión estaba llevando a cabo un ataque determinado a Londres o al

Parque Olímpico.» A cualquier sitio menos al Westfield, pues. A cualquier sitio menos a la torre Orbit de ArcelorMittal. (Qué grotescos focos de atención constituyen esos aparatos ortopédicos espirales de Anish Kapoor: una plataforma de observación laoocontiana estrangulada con acero rojo por un precio de muchos millones de libras, mientras que las torres del tendido eléctrico, con su austera elegancia, antaño cantada por los poetas de los años treinta, fueron extraídos del mismo emplazamiento, con un coste enorme, para enterrarlos en los campos radiactivos de los vertederos de detritos industriales.)

El despliegue de los emplazamientos de misiles por el margen oriental de Shooters Hill me recordó un mapa que yo había trazado años antes, durante una caminata desde Blackheath a la estatua del general Wolfe que hay en la cima de Greenwich Park, con el objeto de contemplar la extensión entera de Londres. A estas relaciones espaciales se les puede llamar líneas ley, líneas de energía o ejes visuales naturales. En 1974 mis puntos de referencia eran las iglesias de Nicholas Hawksmoor; ahora, tal como comentaba Moore, había en funcionamiento un ocultismo más oscuro. Alguien provisto de un perverso sentido del humor, y de un repertorio de información arcana, había trabajado con brújulas y con instrumentos de comunicación con el Más Allá para elegir los emplazamientos de los misiles. Moore asignaba las baterías de Blackhead a David Lindsay, autor de *Un viaje a Arturo*, nacido en Lewisham Village, pero cuyos padres habían vivido en Blackheath Rise. Los siniestros proyectiles escondidos en el depósito de agua del Bow Quarter, la antigua fábrica de cerillas de la Bryant and May, se los adjudicaba a Annie Besant, la líder de la huelga de las operarias de la fábrica de cerillas de 1888, que más tarde se interesó por la teosofía y sucedió a Madame Blavatsky en calidad de líder internacional de dicho movimiento. La batería del Bosque de Epping, situada cerca de la base de la que despegaban los helicópteros de vigilancia, estaba todavía más cerca del Sanatorio de High Beach fundado por Matthew Allen, donde se había alojado John Clare, despistado por los cercados agrícolas. Pero la que yo quería inspeccionar era la batería de lanzamiento de Oxleas Wood, donde los vecinos habían luchado con saña (y éxito) contra la incursiones de las autopistas.

Apoyado en su bastón, Steve me estaba esperando en la estación de North Greenwich, que no está en Greenwich norte, sino adjunta al estadio O2 Arena, un elegante túnel de acceso al mismo desde la línea Jubilee. Algo que generaba todavía más confusión era el hecho de que hubieran rebautizado la Gran Carpa Blanca, antaño el proyecto insignia del Nuevo Laborismo, la Cúpula del Milenio, que ahora, como O2 no era una marca olímpica acreditada, se había convertido en el North Greenwich Arena.

La desorientación es la característica definitoria de esta zona del margen del río. Me encontré, por ejemplo, con varios equipos de filmación que buscaban la Ruta A Pie del Támesis y con otros que buscaban aquel recién instalado chiste de Boris, el teleférico. Un interrogador de la televisión alemana me desafió. «¿Qué son esas carpas nuevas?» «Ya no son nada. Antes eran la Academia David Beckham. Pero Beckham se fue a Los Ángeles. Y la academia cerró.»

A modo de recompensa de mis tareas involuntarias de anfitrión, me ofrecieron un trayecto en teleférico. En aquella mañana húmeda no se había apuntado nadie más para volar a bordo de la Línea Aérea Emirates, en su trayecto entre la Cúpula y el ExCel Centre del otro lado del río. «¿De qué sirve tener un telesilla si no hay montaña?», insistió el alemán. Ah, pero es que aquí sí que había una montaña antes, y de muy grato recuerdo, el Alpe de Beckton, provista de un telesilla en funcionamiento y una cafetería en una cabaña de troncos, hasta que, cuando estaban planteándose de cara a las Olimpiadas decorar el corredor de la A13 con una escultura icónica de Antony Gormley, descubrieron que aquella colina artificial en forma de cono se componía en su mayor parte de arsénico procedente de la demolida fábrica de gas de Beckton. Las espectaculares vistas desde la cabina del teleférico —disponibles a un precio de ochenta y seis libras por vuelo privado— proporcionan la visión ideal para el invasor de Novum Londinium, la ciudad futura de los emprendedores. «Esta mañana estarán ustedes volando a unos sesenta metros de altura», nos anunció una azafata con un entallado uniforme de Emirates. La cabina de delante de la nuestra estaba decorada con una extensión azul celeste de rascacielos: HOLA DUBÁI. «¿Y dónde —me preguntó el alemán, perplejo— están los famosos Pleasure Gardens?»

Le tuve que explicar que, debido a una serie de circunstancias imprevistas —cierres estratégicos de calles, la prohibición de acceder a todo el que no tuviera una entrada de algún evento en el ExCel— aquel escenario para festivales situado en los Royal Docks, respaldado por Boris y ganador de un certamen, se había venido abajo nada más abrir, a pesar de haber recibido un préstamo de tres millones de libras del Ayuntamiento de Newham. Se trataba de un cierre notablemente rápido incluso en comparación con los catastróficos precedentes sentados por las extravagancias que el Nuevo Laborismo había emprendido por todo el norte de Inglaterra con ocasión del Milenio. Seguía habiendo miles de personas con entradas del festival cancelado esperando noticias de su administrador, Parker Andrews. No se había pagado a los arquitectos, a los diseñadores ni a los trabajadores de la construcción. El páramo a medio construir, situado cerca del ExCel (donde las boxeadoras se habían dedicado a partirse la cara en pos de medallas) y de la mole amenazadora de los Millennium Mills, era un parque temático dedicado a las vanidades. Si conseguías colarte al otro lado de la valla circundante te encontrabas con una parodia de Canary Wharf y una maqueta extrañamente acortada (y absurda) de lo que había al final de la pista de aterrizaje del City Airport. Un coche cortesía de la organización lleno de funcionarios croatas iba en círculos, buscando el Hotel Ramada. Varios grupos de judíos hasídicos arrastraban los pies en dirección a una verja alta, detrás de la cual se veía un crucero amarrado. Quienes conserven una migaja de memoria cultural evocarán imágenes de Derek Jarman, que escenificó aquí su apocalipsis punk. Figuras veladas con hierros humeantes, bajando a los muelles: *The Last of England*. La antorcha de Jarman, llevada al mar en plena oscuridad macabra, era un gesto romántico que mezclaba esperanza con desilusión. Su réplica, con mucha anticipación, a los excesos manipuladores e infladores de presupuestos de Danny Boyle. «Yo escarbo en la basura», dijo Jarman. «Un arqueólogo que proyecta su mundo privado a lo largo de un rayo de luz sobre el circo.»

Al pie de las lomas de Woolwich Common, en el sitio donde, de acuerdo con Moore, los isabelinos de la otra reina Isabel habían practicado también el tiro con arco, había plantadas ahora unas

carpas blancas y cuadradas, rebozadas de ventosas y pezones rojos, para las competiciones de tiro olímpico. La seguridad era informal: personal militar charlando mientras tomaba café. Y vigilando por si aparecían posibles elementos problemáticos, estoy seguro. Pero con mano menos firme que los matones de la desacreditada empresa G4S que estaban en Stratford. El ruido de disparos esporádicos resultaba bastante relajante, igual que el petardeo compulsivo del aire atrapado en una lámina de plástico de burbujas. A diferencia de París en 1900, ya no se disparaba a palomas vivas y luego se hacía el recuento de pájaros muertos para declarar al ganador.

Lentamente, con Moore apoyándose en su bastón igual que un barquero en su percha y deteniéndose para señalar la casita de campo donde se había hospedado Wordsworth, emprendimos el ascenso por el antiguo camino de carruajes de Shooters Hill. El claro de Oxleas Wood se extiende hacia abajo, formando un amplio embudo de prado abierto desde el asilvestrado café del parque, construido en la ubicación de Wood Lodge, la casa donde nació Algernon Blackwood, el ocultista del Amanecer Dorado y autor de fantasía oscura. Hasta para alguien como Steve Moore, que había trabajado en la serie de tiras cómicas de Dan Dare y en una serie llamada «Future Shocks», aquella batería cercada de misiles era algo que costaba de creer. Un policía corpulento, apoyado en la capota de su coche, charlaba con los miembros curiosos del público. Los niños deambulaban por la pradera, correteando y dando tumbos, sin prestar demasiada atención al ronroneo del motor diesel del generador. Un excursionista de paso que estaba haciendo la Ruta a Pie de la Cadena Verde me preguntó si aquello era una feria itinerante. La aljaba de morros afilados de los cohetes de la batería de misiles Rapier se movía de forma entrecortada y apuntaba a sus objetivos con movimientos robóticos. Tenía el desagradable hábito de seguir a los espectadores que se acercaban demasiado a la valla. Había dos o tres soldados descansando en una carpa. Era una escena de gran placidez inglesa. Perros y grupos de gente de picnic y el tráfico lejano que salía de la ciudad por la A2. *La guerra de las galaxias* repintada por Stanley Spencer a su estilo más bucólico de Cookham.

«Aunque no hay constancia de amenazas a los Juegos», decía mi panfleto, “necesitamos garantizar la seguridad de los asistentes (...). El plan global encabezado por la policía incluye un despliegue de personal y equipo por la ciudad de Londres, que incluye cazas Typhoon, helicópteros y la presencia del buque de la Armada británica *HMS Ocean* en Greenwich (...). El Ministerio de Defensa ha buscado el asesoramiento del Distrito de Greenwich y de la agencia gubernamental English Nature para asegurarse de que la localización del sistema de misiles Rapier no dañará a ninguna especie vegetal protegida».

Moore llamaba a aquel lugar «la colina de la sangre», y había hecho disposiciones para que esparzan sus cenizas sobre un túmulo funerario de la Edad de Bronce que había en ella. Me señaló los daños que le había causado a un árbol un coche, perseguido por la policía, que se había elevado por los aires después de rebotar en un badén. Mientras yo esperaba bajo la lluvia a que llegara el autobús de regreso a North Greenwich, se oyó un estrépito tremendo, que yo confundí con un vehículo que subía la colina y se estrellaba con una barrera al girar bruscamente para coger una de las soñolientos calles secundarias de las afueras. Pero era algo peor. Mientras nos alejábamos, mi acompañante me señaló un par de piernas retorcidas que asomaban de debajo del coche. Los restos retorcidos de una bicicleta. Las sirenas intentaban avanzar por entre la enmarañada procesión vespertina.

La tienda de productos agrícolas Farm Shop de Dalston Lane, donde yo había quedado con David Mills, estaba embutida entre una tienda benéfica Age Concern y un salón de belleza Nails 4U (que complementaba sus actividades con transferencias de dinero por Western Union). Se acababa de anunciar que la «Losa» de Dalston Lane, una parada de autobuses que había costado sesenta y tres millones de libras, ya no se iba a usar como nodo de transporte para los Juegos Olímpicos. El Ayuntamiento de Hackney había derribado un teatro victoriano y una hilera de casas georgianas adosadas protegidas y le había dado las tierras a la promotora inmobiliaria Barratt por un alquiler nominal, con el argumento de que el enlace de tráfico era más importante que todos los precedentes

históricos y contratos sociales. «La única gente beneficiada de esta aventura temeraria», me contó el activista local Bill Parry-Davies (que era quien había negociado mi encuentro con el Hombre de los Búhos), «han sido las constructoras Balfour Beatty y Carillion». Tal vez sus beneficios ayudaran a pagar las multas por más de cinco millones de libras por barba que les había impuesto en 2009 la Oficina de Comercio Justo por haber estado involucrados en actividades corruptas de licitación fraudulenta por contratos del sector público en las Midlands.

Nos sentamos bajo el arco de un politúnel, al fondo, lejos de las peceras, los cajones llenos de vida vegetal exuberante y los pollos. El Hombre de los Búhos no podía comer pero aceptó una taza de té. Estaba arrugado y avejentado y tenía una barba corta y herrumbrosa. Llevaba una gorra gris con el logo de Triumph y chaqueta de motorista. Sus modales eran firmemente vacilantes, bromistas pero un poco cautelosos. Ahora que ha conseguido una propiedad en el Oeste de Gales, con espacio para sus aves y un pequeño arroyo, ya puede decirle adiós con garantías a Hackney. En tiempos había sido un buen sitio. Él solía rondar el Valle del Bajo Lea, donde conocía hasta el último sitio para pescar barbos y timalos. Solía hacer volar sus halcones en el Bosque de Epping y en la zona hoy contaminada donde él dice que ya no queda vida silvestre. El Lea, en su tramo entre las Marismas de Hackney y la Esclusa de Old Ford, es un río muerto. El camino de sirga que lo flanquea, proclamado a los cuatro vientos como ruta verde para llegar a la Sede Olímpica, ha sido cerrado a peatones y ciclistas (que han emprendido varias protestas multitudinarias).

En una fotografía de su cueva de Albion Drive me fijé en que tenía colgada en la pared una paleta de artista. «A mi padre le gustaba pintar», me dijo Mills. «Era sastre. Le encantaba dibujar con tiza sobre la ropa. Y luego borrar el dibujo.». El Hombre de los Búhos había seguido la tradición familiar y trocaba pinturas de caballos y de perros por mercancías y servicios. Había criado a su hijo en la casa en ruinas y le había enseñado a ir en motocicleta y a pescar. Lo había llamado Lea, en honor de su río favorito. Cuando ahora pienso en los ganadores que han emergido de esta quincena irreal de

alucinación masiva, no me vienen a la cabeza los ciclistas justificadamente orgullosos, las mujeres forzudas en piragua ni en esos jovencitos medallistas de triatlón, los hermanos Brownlee, que parecen niños acicalados en pijama a quienes les han dejado quedarse despiertos hasta tarde con adornos de navidad colgados del cuello. Pienso en dos hombres: Boris Johnson, medrando políticamente a base de hacer el payaso con gran eficacia, como un emperador idiota sacado de un libro de Robert Graves, y David Mills, el espíritu del lugar, que supo justo cuándo tenía que marcharse.